ENRIQUE CALONGE

LA PITUSILLA



MÚSICA DEL

MAESTRO SOUTULLO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1919

LA PITUSILLA

LA PITUSILLA

SAINETE

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE CALONGE

MÚSICA DEL

MAESTRO SOUTULLO

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES, el día 6 de junio de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M. 551

1919

A LA GENIAL ARTISTA

María Lacalle

Pensando en su arte incomparable, en su gentileza y gracia juvenil, ideé la silueta de la Pitusilla. La variedad de sus talentos, sus exquisiteces en el bien decir y su justeza en la acción, han dado tal relieve y tal firmeza a las líneas, que sólo al conjuro de su inspiración artística, aquel sencillo bosquejo mío quedó transformado en un retrato de cuerpo entero. La Pitusilla vive y alienta por usted, y ya que acertó a darle vida y alma, su nombre debe figurar en la primera página de esta obra.

Al estamparlo yo, no hago otra cosa que rendir públicamente el homenaje de justicia y de reconocimiento que a su meritísima labor artística le son debidos.

De usted agradecido, cordial amigo y devoto admirador,

Enrique Calonge.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PITUSILLA	Sra.	Lacalle.
ENCARNA		Aracil.
SEÑORA PETRA		Sanmartín.
ANTONIA		Romero.
DOÑA CINTA	Srta	Sigler.
SEÑORA ROSA		De la Vega.
UNA VECINA		Bermejo.
EUGENIA / UNA MOZA		Cortés.
SEÑOR BALDOMERO	Sr.	Aparici.
WLADIMIRO		Gómez.
PACO		Aznares.
MANOLO		Alares.
CLAUDIO		Llorens.
UN GUARDIA		Toha.
VICENTE		González (D.)
JUAN		Perdiguero.
PEPE		Sancha.
UN NEGRO / UN CONTINENTAL		Vega.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una calle de un barrio de Madrid, cercano al Manzanares. Casa al fondo y dos laterales, todas practicables. La casa del fondo tiene reja a la calle, practicable. Al levantarse el telón se supone que alguna Vecina toca el piano desde un piso, y tres o cuatro parejas bailan un «fox trot». Es el anochecer de un día de verano, y varios Vecinos están sentados a la puerta de la calle. En primer término de la derecha hay un tupi con mesas fuera.

ESCENA PRIMERA

Música

(FOX-TROT)

Al terminar el número, los VECINOS aplauden y el SEÑOR BALDOMERO sale del tupi

Hablado

BALD. Pero qué cúrsiles y qué poco patriotas sois... ¿Qué es eso que estábais bailando, so lilas?

MOZO 1.º El «Fox-trot».

BALD. Vamos, hombre... ¿Y eso del foxtrote, con qué se come?... ¿Sus parece bien foxtrotear aquí a dos dedos del Manzanares?

MOZA 1.ª Bailamos lo que nos tocan.

BALD. Pues que sus toquen lo vuestro y no lo de *estrangis*.

MOZO 2.º Tié razón el señor Baldomero.

BALD. Y tanto que sí. Es como esa otra falta de

patriotismo madrileño que supone el haber suprimido los pianillos por la calle. ¿Por qué? ¿A santo de qué? ¿Que molestaban al público?... ¿Y esos cupleteros y cupleteras que van cantando por ahí primero el «Asesino», luego el «Ladrón» y después el «Relicario», no molestan? Y además de molestar, ¿no son cúrsiles?

VARIOS Bien, bien dicho...

BALD. Y que sus coste, que si yo alguna vez fuera elegido concejal (y más brutos que yo los ha habido), volverían los pianos a alegrarnos nuestras calles, y metería en la cárcel a esos «asesinos y asesinas» que nos amargan la poca existencia que nos va quedando. ¡He dicho!

VARIOS ¡Bravo! ¡Bien! (Aplausos. Se retira el coro.)

BALD. (Cogiendo una caña de pescar y un bote que habrá cerca de la puerta del tupi.) Y vamos anduviendo.

MOZO 1.º (A Baldomero.) ¿Qué tal se dió el día? ¿Ha pescao usté mucho?

BALD. Yo siempre pesco algo... Mira. (Saca del bote un pez chiquitín.)

MOZO 2.º ¡Vaya una merluza! ¿Y to eso ha pescao usté?

BALD. ¿Te parece poco?

MOZO 1.º ¿A qué hora se sienta usté en el estanque de la Casa de Campo?

BALD. A las seis de la mañana y estoy hasta las seis de la tarde, como si dijéramos de sol a sol.

MOZO 1.º Y en todo ese trayecto, ¿sólo engancha usted un pez?

BALD Esa es la proporción; a pez por día...

MOZO 1.º Pues al lado de usté, la Coruñesa, un cajón de sardinas.

BALD. Oye, chuflitas con la piscicultura, no... Bueno... hasta luego, familia.

UNOS Adiós, señor Baldomero...

BALD. (Desde el quicio de la puerta de la casa, primer término izquierda.) Y si alguno quiere cenar, se le convida...

MOZO 1.º Hombre, si nos pone usted ese salmón a la vinagreta, pa que a usté no le dé un cólico, haremos el sacrificio de acompañarle.

MOZO 2.º Y que no debe tener espinas.

BALD. No le caben. (Mutis.)

MOZO 1.º Es un barbián. (Vuelven al velador del tupi.)

ESCENA II

MANOLO, dependiente de una pastelería y VECINAS

MAN. Muy buenas... ¿Doña Cinta de la Cerda, viuda de Cabello?

VEC. 1.ª Sí, mujer; la pensionista; la del bajo... (Llama a la reja a grandes voces.) ¡Doña Cinta! ¡Doña Cintaaa!...

MAN. ¡Remerengue! Se gasta usté un timbre laríngeo, que ni la Galli Curci.

CINTA (Asomándose a la verja. Esta señora viste una bata fantástica y lleva el pelo rubio ensortijado, todo él lleno de moñitos y cogido con papelitos. Habla con gran afectación.) Si mal no he oído, llamábanme.

VEC. 1.ª Aquí el joven...

CINTA ¿Un joven? ¡Ah! (Le mira con los impertinentes.) ¿Qué anhelaba de mí, joven dependiente?

MAN. Usted tiene un hijo, según parece.

CINTA Téngolo, por desdicha mía.

MAN. Bueno, pues su hijo de usté... se conoce que venía jugando con otros *cólegas* del *Estituto*, y al llegar delante de nuestra pastelería, se quedó mirando al escaparate y... ¡pataplum!...

CINTA ¿Se ha caído?

MAN. No, no se ha caído; pero ha dado un cabezazo a la luna, que pué que a él le haya hecho ver las estrellas; pero del trompazo ha empezado a temblar hasta la carne de membrillo.

ESCENA III

DICHOS, WLADIMIRO y un GUARDIA DE ORDEN PÚBLICO

WLAD. (Que viene sujeto por el Guardia.) ¡Que yo no he sío, eso! (Llorando.)

CINTA (En trágica.) ¿Te parece bien? Tú, conducido por la fuerza del Orden...

WLAD. Si yo no he sío, mamá... A mí me empujaron...

CINTA ¡Desventurado, ay de ti!

GUAR. Señora, la cosa no es para ponerse de luto...

Pero es que los chicos... la sangre, ¿sabe usté? Esa sangre tan encarná que tienen.

CINTA Mi hijo tiene sangre azul.

GUAR. La sangre, del chico, pué que sea azul; pero la de este chichón (Señala a la frente de Wladimiro.) es como el pimentón... Y es natural. Cuando se ponen a hacer burradas y a brutalizar, pues brutalizan hasta lo hecatómbico.

CINTA ¡Qué lenguaje! Mi hijo no es ningún cuadrúpedo, señor del Orden...

GUAR. Hombre, yo no sé si el chico será *cuadrupédo* o no lo será; pero que lleva un rato largo haciendo el burro sí que lo sé.

CINTA No será porque no dejo de castigarle. Hoy mismo hube de dejarle sin comer y anoche sin cenar.

GUAR. Ahora me explico el afán del chico por mirar las yemas.

MAN. Y la carne de membrillo.

GUAR. Bueno, señora; como su hijo ha causado un destrozo, hay que abonarlo...

MAN. Tres duros la luna.

CINTA (Dirigiéndose a Wladimiro con una mirada aterradora.) *¡Tres duros!...* Me parecen muchos cuartos para una luna... Yo misma iré a abonar el importe. (A Wladimiro.) Pase usted aquí...

GUAR. Anda, rico, anda; y prepárate a celebrar el eclipse.

WLAD. Acompáñeme usted hasta la alcoba... (Mutis.)

GUAR. ¿Yo?

VEC. 1.ª ¡Pobre chico!

VEC. 2.ª Sesenta reales de golpes; tú verás.

CINTA (Saliendo a la calle.) Vamos al lugar del siniestro.

VEC. 1.ª ¡Qué tía más cursi!

(Mutis Vecina, doña Cinta, Guardia y Manolo.)

ESCENA IV

WLADIMIRO, dentro de la reja. Después MANOLO y MOZA 1.ª

WLAD. ¡Maldita sea! Y con el hambre que tengo, se va y no me deja nada, ni un mal cacho de pan. Anoche sin cenar, hoy sin comer... Si me oyera Elías (Acercándose a la reja y mirando al último piso de la casa de la izquierda.) ¡Elías

Elías! ¡Baja, Elías!... ¿Eh?... Soy yo, Wladimiro. Que tengo mucha hambre y me han encerrado aquí. Echame un cacho de pan... ¿Que no tienes más que sopas? Pues tírame un poco de caldo. Nada, ni gota. (Se entra dentro. Por la calle de la izquierda viene Manolo, el dependiente de la pastelería, trayendo en la cabeza una gran bandeja con dulces, pasteles, etc., etc., con el correspondiente ramito al final de una tarta. Por la derecha viene la Moza 1.ª y al llegar junto a la reja de Wladimiro, se paran bajo ella de forma que el contenido de la bandeja quede en disposición de sufrir el atraco a que se refiere el diálogo.)

MOZA 1.ª ¡Manolo!

MAN. ¡Eugenia! (Wladimiro se asoma y ante la perspectiva de aquel banquete, llovido del cielo, está a dos dedos de desmayarse de gusto.)

MOZA 1.ª No sabes lo que me alegro encontrarte.

MAN. Pues miá que yo, lo estaba deseandito.

WLAD. ¡Pues, mira que yo...! (Con mucha pulcritud y mientras los novios hablan, empieza Wladimiro a coger dulces, pasteles, etc., etc.. que come con verdadera voracidad Cuando se harta, coge más y guarda.)

MAN. ¿Pero eso es de verdad?

MOZA 1.ª Como lo estás oyendo.

MAN. Entonces, te veré a la noche.

MOZA 1.ª Sin falta.

MAN. Pues traía la mar de cosas en la cabeza y desde que te he visto, me parece que me han quitado mucho peso de encima. ¡Adiós, Eugenia! (Mutis derecha.)

MOZA 1.ª ¡Adiós, Manolo! (Mutis izquierda.)

WLAD. Dispensa, Manolo. (Mutis dentro.)

ESCENA V

LA PETRA, ENCARNACION. Después LA PITUSILLA. Entran por la derecha. La señora Petra trae un saco de ropa de los que usan las lavanderas; al llegar a la puerta de su casa, primera izquierda, lo arroja al suelo respirando fuertemente.

PETRA ¡Aaah!... Lo menos pesa cuatro arrobas.

ENC. Se empeña usté en subirlo...

PETRA ¿Y te lo iba a dar a ti? Vamos, mujer. Gracias que puedas con tu hija... (Cogiendo la nena.) Ven acá tú, reina de la abuela... Acérca-

me esa silla de la Clara... respiraremos un poco... arriba hará un calor... (Viendo que Encarna intenta coger el saco.) Pero, ¿qué vas a hacer?

ENC. Subir esto a casa.

PETRA Vamos, anda, no sueñes, mujer; ¿tú, qué vas a coger? (Encarna intenta y no puede levantar el saco.) ¿Lo ves, lo ves?

ENC. (Con pena.) Tiene usté razón, madre; no puedo. (Mutis.)

PETRA ¡Ay, hija mía! ¡Quién te ha visto y quién te ve! Duérmete, tú, (A la nena.) corazón de la abuela; emperatriz de las Indias, princesa del Manzanares... Ea, ea...

PIT. (Muchacha de unos quince años entra por el foro, saltando y en cuanto ve a la señora Petra se acerca a ella dando fuertes voces.) ¡Señá Petra, buenas!

PETRA (Incomodada.) ¡Calla, gran demonio!... Si tú no pués hacer cosa buena...

PIT. ¿Qué he hecho yo ahora?

PETRA Despertarme a la chica. ¿Te parece poco?

PIT. ¡Ah! Pero se ha despertao este crío, ¿Y es por eso por lo que su abuela toma actitudes trágicas?... Bueno, pues en castigo, venga la chica.

PETRA Toma... Y a ver si puedes dormirla, mientras subo esta ropa.

PIT. (Hasta que la señora Petra no hace mutis, simula que duerme a la niña; pero cuando se queda sola con ella empieza a zarandearla y a hablarla a voces.) ¿Qué es eso de dormir? No, señora. A vivir y a gozar. ¡Pitusilla, chica, olé... Así me gusta; que se abran esos ojos, que se ría usted. (La canta un cantar o un couplet y la baila.)

PETRA Pero, gran demonio, ¿qué estás haciendo?

PIT. Pues ya lo ve usté (Disimulando y cantando a la nena.) Durmiendo a la nena.

PETRA Durmiéndola a voces y a gritos.

PIT. Es que a esta no la entiende nadie más que yo. Por algo soy su madrina... Ahí la tiene usté, dormidita, dormidita; ya está con los angelitos de Dios. (Le da la niña.) Tenga usted... Uf .. mal genio... ¡Qué pareja! Mi madre, y usté y usté y mi madre, vaya un par de señoras para llegar a la dignificación femenina.

PETRA Seremos como tú; que te pasas todo el día revolviendo papeles y librotes y todavía, ni

sabes espumar el puchero, ni remendar unos calcetines...

PIT. ¡Ah! pero, ¿es que usté se cree que la mujer no ha de saber más que esas ordinarieces? No, señora. Yo he venido a este mundo para más altos fines. Hay que llegar a la dignificación del sexo femenino.

PETRA ¡Calla, calla, femenino! Tú, sí que debías tener más seso.

(Se oye desde dentro a la señora Antonia que da grandes voces llamando- «¡Pitusa! ¡Pitusa!»)

PIT. ¡Anda, mi abuela; digo mi madre! (Otra vez la voz: ¡Pitusa!) Y vaya una voz delicada y femenina. (Remedando.) ¿Qué pasa, madre?..

ESCENA VI

DICHAS y SEÑORA ANTONIA

ANT. (En actitud agresiva) ¿Qué haces tú aquí?

PIT. Conversando con mis amistades. A ver si es que una no va a poder tener sus relaciones sociales.

ANT. (Pegándola.) Toma, condená, toma relaciones.

PETRA (Mediando.) Vamos, déjala tú, Antonia.

PIT. No; déjela usté, señora Petra; son bromas de mi madre. Cariños que matan.

ANT. ¡Calla, holgazana!

PIT. Lo que más rabia me da es que siempre ha de pegarme usté en lo más fino de todo mi cuerpo; en la cara. Ya podía usté pegarme en... otra parte menos fina y más oculta...

ANT. Lo que voy a hacer contigo es...

PETRA Vamos, déjala; si la chica no hace nada ahora.

PIT. Gracias, doña Petra...

ANT. Pero, ¿tú sabes si ésta hace algo bueno? Tú sabes que además de perder el tiempo asistiendo a los Cines, en cuanto que ve un hueco de luz, nos sale ahora la señorita del pan pringao, con que no quiere aprender un oficio, ni trabajar en casa.

PIT. No pienso más que en la Bertini y en sus gestos. Ya la imito admirablemente.

ANT. Sobre todo cuando te ponen pa cenar patatas viudas. . ¡Menudo gesto! Porque la seño-

rita es muy delicá y muy inapetente pa los tubérculos.

(Pitusilla se ríe.)

PETRA ¡Huy, tubérculos! ¿Desde cuándo llamáis así a las patatas?

ANT. Hija, desde que han subío de precio... Anda tú pa arriba...

PIT. Ande usté delante.

ANT. Pasa.

PIT. No; las señoras primero.

ANT. (A Petra.) Dame la nena... (Acariciándola.) Y tú, hijita, ¿te subes?

PETRA Vamos pa allá.

PIT. (Haciendo una reverencia.) Pasen ustedes... (Las sigue hasta que entran en el portal y vuelve a escena.)

ESCENA VII

PITUSILLA y WLADIMIRO

WLAD. (Desde la reja.) ¡Consuelito, Pitusilla!

PIT. ¡Caramba, mi don Juan entre rejas!...

WLAD. Consuelito. Anda, acércate.

PIT. ¿Pa qué?

WLAD. Pa darte una cosa muy rica y muy dulce.

PIT. Bah...

WLAD. ¡Mira, mira cuántos!

PIT. (Desde la reja.) Anda, pues es verdad. ¿Y de dónde te han llovido tantos dulces?

WLAD. Del cielo. Oye, Pitusilla, ¿me quieres mucho?...

PIT. Ya sabes que sí... Oye, el mundo al revés yo fuera y tú dentro de la reja.

WLAD. ¿Qué más tiene? La cuestión es que nos queramos. (Se cogen las manos.) ¡Huy, huy, huy!... ¡Gitanaaa!

PIT. ¡Negro mío!

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA CINTA

CINTA ¿Eh? ¿Qué es eso?

WLAD. ¡Ay, mi mamá!

PIT. (Separándose de la reja.) ¡Ay, su mamá!

CINTA (A Pitusilla, con autoridad.) ¿Qué hace usted aquí?

PIT. Pues que pasaba...

WLAD. Sí, mamá. Pasaba y yo la llamé pa preguntarla si mañana era jueves...

CINTA Cállese usted. (A Pitusilla.) ¿Quiere usted explicarme qué hacía usted al pie de esta reja? Señorita, su conducta de usted es harto equívoca.

WLAD. La que se equivoca eres tú, mamá.

CINTA Usté se calla.

PIT. Señora...

CINTA ¡Habráse visto osadía en un renacuajo como éste!

PIT. Oiga, oiga: que yo no soy renacuajo.

CINTA ¿Qué se ha figurado usted, que mi hijo, que mi Wladimiro se peina para usted?

PIT En eso tiene usté razón. Su hijo no se peina para nadie... Eso es lo que debía usté hacer, en vez de ponerse tanto moñito en su cabeza, arreglarme al chico un poco y no tenérmele hecho un guiñapo y a media ración.

CINTA ¡Habrá insolente! ¡Qué más guiñapo que usted!

WLAD. ¡Ay, por Dios! ¡Guardias!

PIT. (Intenta llegar hasta ella en el mismo instante en que sale Baldomero.) Oiga, oiga...

BALD. ¿Dónde vas tú? ¿Qué pasa?

PIT. ¡Esta Doña Urraca, que quié armar bronca!

CINTA Esta niña insolente, que quiere turbar la paz de mi hogar.

BALD. Pero, ¿qué ha pasao?

PIT. Pues total, na; que nos ha cogío hablando en la reja.

BALD. Hombre, eso no es ninguna incorrección, y habiendo una reja por medio... Además, que si los chicos se quieren ..

CINTA ¡Que los chicos se quieren! Pero, ¿qué está usted diciendo, don Baldomero? ¿Que mi hijo quiere a esta desgraciada?

PIT. Que yo no soy desgraciada...

CINTA Prohibo a usted terminantemente que mire más a mi hijo. (Mirándola con desprecio.) ¡Infeliz! (Mutis por la puerta del foro.)

BALD. ¿Qué te parece doña Coliflor?... (Sujetando a Pitusilla.) Anda, a tu casa.

PIT. Suélteme usted.

WLAD. (Desde la reja.) Consuelito, Pitusilla mía; mi señora madre está loca. Yo te quiero y te

querré siempre. Fía en mí. (Se ve que doña Cinta entra en su casa, coge a Wladimiro y le pega.) ¡Ay, ay, ay!

PIT. — Suélteme usté, señor Baldomero.

BALD. — Que entres en tu casa.

WLAD. — (Desde dentro.) ¡Ay, ay, ay!

PIT. — Pero, ¿no oye usted? Me lo está matando vivo esa comendadora.

BALD. — Anda pa dentro. (Mutis los dos.)

ESCENA IX

MOZOS 1.°, 2.° y 3.°, SEÑOR BALDOMERO y SEÑORA ANTONIA. Vienen por la izquierda, en dirección al tupi, tres Mozos, discutiendo

MOZO 1.° — Eso lo he visto yo, y lo que yo veo no son visiones. Era Paco... y el otro era Claudio.

MOZO 2.° — Como quieras.

MOZO 3.° — ¿Qué Paco?

MOZO 1.° — El hijo de la señora Antonia.

MOZO 3.° — No caigo...

MOZO 1.° — El hermano de la Pitusilla. O si lo quieres más claro, el padre de la niña de Encarna...

MOZO 3.° — ¡Ah! Sí; Paco... el chofer.

MOZO 1.° — Justo. Está en Madrid; acabo de verle con aquel amigote suyo, aquel Claudio, que también era chofer.

MOZO 2.° — A mí me parece que no era él.

MOZO 1.° — Como quieras. (Entra en el tupi.)

ESCENA X

SEÑOR BALDOMERO, SEÑORA ANTONIA, PITUSILLA y UN CONTINENTAL. La señora Antonia sale en actitud de dirigirse a casa de doña Cinta: el señor Baldomero la detiene

ANT. — Déjeme usté, señor Baldomero.

BALD. — ¿Pero ande vas, mujer?

ANT. — A decirle a esa señora, u lo que sea, si mi hija es un guiñapo. ¿Qué se habrá figurao esa tía cursi? Oiga usted, salga usted aquí. doña Berengena...

BALD. — (Tapándola la boca.) ¡Chis!... Que viene gente.

CONT. — El número tres, ¿me hace el favor?

BALD. — (Señalando la casa proscenio izquierda.) Ahí... ¿Por quién preguntas?

CONT. (Leyendo el sobre.) Doña Antonia Gómez.
ANT. ¿Por mí?
CONT. ¿Es usted doña Antonia?
ANT. La misma.
BALD. Un poco alterada: pero doña Antonia.
CONT. (Dándole la carta.) Tenga usted; pero me tiene que devolver el sobre firmado.
BALD. Pues vas a tener que esperar un rato.
CONT. ¿A qué?
BALD. A que aprenda a firmar... Firmaré yo por ella, ¿no es lo mismo?
CONT. Bueno... (El señor Baldomero firma y le devuelve el sobre.)
BALD. Toma... ¿Qué esperas?
CONT. (Rascándose la nariz.) Que he venido corriendo.
BALD. Toma... toma asiento.
ANT. (Le da la propina.) Ahi va.
CONT. Gracias. (Mutis.)
ANT. Ya haga usté el favor completo y léame la carta.
BALD. (Lee y, sin decir lo que lee, empieza a hacer gestos de asombro.) ¡Atiza, rechufla!
ANT. Pero, ¿quiere usted acabar de una vez?
BALD. ¿Cómo andas de nervios? ¿Te has calmao ya?
ANT. Sí, hombre, sí. ¿Qué ocurre?
BALD. Esta carta es de tu hijo; de Paco... Está en Madrid y te llama.
ANT. ¿Mi hijo?
BALD. Escucha. (Lee.) «Querida madre: Estoy en Madrid desde ayer. No puedo ir a verla por las razones que usté sabe; pero quiero verla y hablarla.. Venga a usted a verme. Un beso a la Pitusilla y otro para usted de su hijo, Paco... Posdata. Madre, no deje usté de venir a verme... Ahí van las señas...» (Pausa.)
ANT. ¡Que vaya a verle!
BALD. Bien claro lo dice; y aquí la hora y el sitio donde puedes verle a él solo.
ANT. Pues... no voy.
BALD. En asuntos de familia ningún extraño debe meter las narices; pero yo que tú, le veía. Cuando te llama por algo será... y al fin y al cabo es tu hijo...
ANT. (Viendo salir a Pitusilla, coge la carta a Baldomero y se la guarda en el pecho.) ¡Chist!...
PIT. Pero, ¿qué hace usté aquí?... Suba usté a casa.

ANT. A ti sí que te voy a subir del pescuezo... ¿Qué tiés tú que ver con esa gente? (*Por la reja.*)

PIT. Sujételа usté, señor Baldomero.

BALD. ¿Vas a decir la verdad?

PIT. Si la sujeta usté sí.

BALD. (*Sujetando a la señora Antonia.*) ¡Ya está! Habla.

PIT. Pues na, madre; que el hijo de doña Cinta de la Cerda, viuda de Cabello, me ha pedido mi mano y yo se la voy a dar. ¿Usté qué dice?

ANT. Suélteme usté.

PIT. No, por Dios...

BALD. Pero, ¿tú te has fijao en la cabeza de tu novio? Si eso es el Puente de Segovia en dos piés.

ANT. Anda pa casa.

PIT. No la suelte usté. (*Sale corriendo y Antonia tras ella.*)

ESCENA ULTIMA

PACO y CLAUDIO, por la derecha, avanzan lentamente

CLAU. Ya estamos aquí... A ver qué va a pasar...

PACO Mira... esa es mi casa.

CLAU. ¿Y qué?

PACO Que ahí estará mi madre... y ahí estará mi hermana Consuelito, la Pitusilla... No sabes tú lo que yo quiero a mi hermana.

CLAU. Pero sé lo que tú debes quererte a ti mismo. Ea; ya te saliste con tu capricho. Aquí estamos demás.

PACO Espérate...

CLAU. Bueno... (*Se acerca a él y saca varios pitillos del bolsillo de la americana de Paco; enciende uno y se guarda los demás.*) Miá que eres especial.

PACO Ca uno es como es.

CLAU. Es verdá; ca uno es como es y Dios sigue su teoría de suministrar pañuelos al que no tiene narices. . Si yo me viera en tu pellejo... Ni en política se hace mejor carrera. ¿Qué eras tú hace dos años? Un triste mecánico. ¿Quién eres hoy? El rey de la calderilla y el emperador de una mujer espléndida.

PACO Eso se acaba...

CLAU. Ya lo sé que se acaba. (*Mete otra vez mano al*

bolsillo de Paco.) Todo se acaba; por eso, aprovéchate; haz lo que yo... te digo.

PACO (En lo suyo.) Mira, bajo en seguida.

CLAU. ¡Chist... (Deteniéndole.) Pero, qué vas a hacer?

PACO Subir a mi casa.. Ver a mi madre y a mi hermana, darles un beso y marchar en seguida contigo

CLAU. ¡Ja, ja, ja!.. Tú qué vas a subir ahí... Ca, hombre. ¿Yo qué voy a permitir de que tú te suicides o te cortes la carrera?... Andando pa el hotel.

PACO Mira, Claudio, te he dicho muchas veces y te repito una más, que yo no soy un chulo como cree la gente... A mí me gusta esa mujer que tanto ponderas tú y vivo con ella bien; pero esto no va a ser eterno. Déjame subir a mi casa. Bajo en seguida...

CLAU. ¿Pero no has citao ya a tu madre en el hotel?

PACO Sí; pero a mi hermana, no... Si bajo en seguida. Si pudiera darla una voz...

CLAU. (Retirándole.) Que no; ea... suicidios, no. Andando...

PACO (Llamando a voces.) ¡Consuelo! ¡Pitusillaaa!...

CLAU. (Tapándole la boca y llevándole por el foro derecha.) Calla.. y anda...

PACO (A media voz.) ¡Sue.. lo!... ¡Pitusilla!...

(Sale Pitusilla y se coloca en mitad de la escena escuchando.)

PIT. Esa voz...

PACO (Desde muy adentro.) ¡Pitusillaaaa!...

PIT. ¡¡Voy!!... (Sale corriendo por la derecha.)

(Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Habitación modesta. Puerta al fondo que comunica con el pasillo. Puerta a la derecha que comunica con el interior. En la izquierda, hay dos puertas; una en último término del fondo y otra a continuación. Entre estas dos puertas hay una cuna grande. En el centro de la habitación hay una mesa camilla con faldas; junto a la camilla, un gran saco de ropa. Una cómoda, sillas, cuadros, etcétera.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR BALDOMERO y SEÑORA PETRA

BALD. (Entra por el foro con su caña de pescar y cuando ya está dentro, casi en medio de la habitación, dice:) ¿Se puede? (Avanza más.) ¿Se puede pasar? Yo creo que sí se puede.

PETRA (Sin salir.) Hasta la alcoba.

BALD. ¡Huy, hasta la alcoba! Voy. (Intenta entrar por la primera puerta del fondo izquierda en el momento que sale la señora Petra.)

PETRA ¿Dónde vas?

BALD. Pues... a la alcoba. ¿No decías eso?

PETRA Quítate de ahí... (Fijándose en él.) Pero, ¿dónde te metes? ¿Cómo vienes?

BALD. ¿Qué tengo?

PETRA No; si no traes na encima... Ven acá, ven acá y suelta esa caña. (Le cepilla.)

BALD. Si por algo digo yo que me está haciendo falta una lavandera...

PETRA Lo que te hace falta a ti es un cubo de lejía...

BALD. Tú tienes la culpa.

PETRA ¿Yo?

BALD. Claro; no te decides...

PETRA ¿A qué me voy a decidir?

BALD. Otra; pues ya lo sabes; a ser mi esposa. ¿No eres tú una viuda triste y melancólica? Pues aquí tienes a un viudo alegre y decidido y...

PETRA Sucio...

BALD. Eso cae por fuera; pero si vieras el interior...

PETRA ¡Habrá que verlo!

BALD. Por mí, ahora mismo. (Intenta quitarse la americana.)

PETRA ¿Qué haces? ¿A donde vas?

BALD. Al interior.

PETRA Anda, anda...

BALD. Pero si nos estamos queriendo los dos abuelos hace la mar de tiempo, ¿por qué no hemos de poner un punto final a este querer?

PETRA Vamos, hombre; que si alguna vez de verdad perdiéramos los dos el juicio y saliéraramos tú y yo de casa, caminito de la iglesia... iba a ser chica...

BALD. O chico, lo que Dios se sirviera otorgarnos.

PETRA ¡Aguanta! Si no es por ahí, Baldomero. Digo que iba a ser chica la que se armaba en el barrio.

BALD. Para eso tengo yo un remedio eficaz y económico.

PETRA ¿Cuál?

BALD. Casarnos sin ir a la iglesia.

PETRA Quítate de ahí, hereje

BALD. Pero, vamos a ver, Petrilla, lavandera de mi interior, magnolia del Manzanares. ¿Cuándo te vas a convencer de la necesidad en que estamos los dos de tomar una determinación seria? Esta casa es media casa; aquí hace falta un hombre... arriba en el tercero centro, hay otra media casa; allí hace falta una mujer; juntemos lo de abajo con lo de arriba y formamos un hogar completo.

PETRA No pué ser, Baldomero; dejar yo a mi hija y a mi sol (Mirando la cuna.)

BALD. ¿Y qué necesidad hay de dejar a nadie? Te he dicho antes que aquí hace falta un hombre.

PETRA Ya lo creo que hace falta; pero el hombre que debía venir, el que tiene la obligación de venir, no viene.

BALD. Pa eso estoy yo aquí; y te digo y te repito una vez más, que si esa nena no tiene padre... tendrá abuelo.

PETRA Que está ahí esa... (La señora Petra mete ropa en el saco y trata de cogerle.)

BALD. ¿Quiés que te eche una mano?

PETRA ¿Aonde?

BALD. Al saco.

PETRA Cá; si entoavía tengo yo fuerzas. ¿Tú qué te crees?

BALD. Y tanto que sí... (Suspira fuertemente.) En fin, vamos al tercero centro; a dejar estas armas,

a encender la lumbre y coger el estropajo. ¡Ay, lavandera de mi vida, cuándo te decidirás a repasarme la ropa!

PETRA Anda, anda.. ¿Bajarás luego?

BALD. ¡Cómo no, vida! En cuanto friegue la loza... aquí me tienes.

PETRA Adiós. (Mutis Baldomero tirándola besos.)

ESCENA II

SEÑORA PETRA y SEÑORA ANTONIA. La señora Petra vuelve desde el foro a la camilla y empieza a meter ropa en el saco

ANT. (Entra con marcado mal humor.) ¿Y esa?

PETRA ¡Ah! ¿Eres tú? Pues no sé si al fin se habrá levantao. Se empeña en levantarse un poco. (La señora Antonia andará un poco por la escena; cerrará la puerta del foro, se sienta en una silla baja y suspira varias veces)

PETRA Malas noticias traes. ¿Qué, has visto a tu hijo?

ANT. Valiera más que no le hubiera visto; valiera más que no fuera hijo mío. ¿Y esa, sabe algo?

PETRA Hasta ahora ignora que tu hijo esté en Madrid. (Pausa.) ¿De manera que Paco, ni siquiera preguntó por la nena, por su hija, ya que de la mía no se acuerda?

ANT. Mira, Petra. vamos a no hablar de mi hijo, vamos a hacernos cuenta de que se ha muerto y ojalá hubiera sido verdad. (Dios Padre me perdone.) Vamos a dejar a mi hijo y vamos a ver cómo sacamos adelante a tu hija... mejor dicho a nuestra hija; porque tu hija es mi hija, ya que la chiquilla es nieta de las dos. Y mi hijo no es hijo de nadie. Ahí lo tienes enguirlotao con esa madama. En cuanto le vi como le vi, no quise escucharle más; y me vine dejándole con la palabra en la boca. Su preocupación es su hermana; que quiere ver a la Pitusilla, y que quié llevársela con él y con la otra. En seguida...

PETRA Puede que hiciera su suerte.

ANT. No me lo mientes. En fin, ya le he dicho bastante en el poco rato que he estao con él. A la cara le he tirao unos billetes que me

daba «Esto no es dinero tuyo, ganao con tu trabajo y con tu sudor, como sabías ganarlo, cuando eras un buen mecánico... este dinero es regalao por una mujer a un hombre por guapo; ¡qué asco! ¡Y no, y no, y no!.» (Se levanta.) Mientras no cumpla como debe con tu hija y dé su nombre a ese cachito de cielo que tenemos ahí, ni es hijo mío, ni vuelvo a darle la palabra de Dios.. (Llorosa.) aunque me repudra por dentro. Bueno, y no quiero sofocarme más... ni tú tienes por qué apurarte tampoco. Ya saldremos por algún lao.

PETRA ¿Yo? Figúrate... mientras tenga salud y pueda ganarlo pa la una y pa la otra, nada me apura. Lo malo es si llega un día y yo no puedo.

ANT. ¡Aonde vas, mujer... no hay que ponerlo todo de color plomizo. Si tú no puedes, podré yo, y si no la chica Y a propósito de la chica, ándate con cuidao con la Pitusilla, que esa es más larga que un día sin pan.

PETRA Como que lo mejor sería decirla toda la verdad.

ANT. Entoavía es pronto; ya habrá ocasión. ¿No está por aquí? Milagro. ¿Tú vas a salir?

PETRA Tengo que entregar esta ropa.

ANT. Pues ahora te echaré pa abajo a ese crío. ¿Y tú, cielo? (Besa a la nena que está en la cuna.) Está dormidita. ¿Dónde he dejao el mantón? Te digo que tengo una cabeza... Voy a preparar la cena. ¿He dao un beso a la niña?

PETRA Sí, mujer.

ANT. Adiós, corazón. (A la nena.) Tú, hasta luego... ¡Y ese hijo, ese hijo!... (Mutis foro.)

ESCENA III

SEÑORA PETRA y ENCARNA

PETRA (Viendo que Encarnación sale a escena por la primera puerta del fondo izquierda.) Pero, ¿por qué te levantas?

ENC. Un poquito, madre. ¿Y la nena? (Se acerca a la cuna.) ¡Hija mía!

PETRA Bueno, deja a la chica; que la chica no te necesita para ná...

PETRA — Y tú, ¿te sientes bien? A ver. (La reconoce las manos y la frente.)

ENC. — Que sí, madre; sí. Puede usté irse tranquila.

PETRA — ¿De verdad?

ENC. — De verdad.

PETRA — Entonces, voy a llegarme a entregar esta ropa. Cuidadito con tropezar a la nena. No te necesita. Siguiendo así, dentro de un mes, puedes darla hasta cocido... y no tienes por qué apenarte, si te prohiben que tú la críes. Cuando el médico lo ha dispuesto, su razón tendrá. Pero, ¿de verdad estás bien?

ENC. — Que sí, ande.

PETRA — Hasta luego.

ENC. — Adiós. (Acompaña a su madre y luego se acerca a la cuna y contempla un poco a la niña.)

Música

ENC.

Ya llego a su cuna,
ya tengo a mi nena,
ya no hay quien me arranque
de junto a mi prenda.
Al verte en mis brazos,
nenita, mi bien,
se inunda mi pecho
de intenso placer.
Se apaga mi aliento,
comienzo a temblar,
de pura alegría
no sé si llorar.

—

Luchando paso la vida
entre el cariño y la infamia
y ha de vencer el cariño
porque floreció en el alma.
Que está el amor mío, clavao tan adentro
que quiero arrancarle y no puedo, no puedo

—

Me desprendo de su vida
y la mía va a buscarle
que el corazón solamente
palpita para adorarle.
no puede cambiar
mi suerte cruel,
pues no habré de ocultar
que me muero por él.

—

(Contemplando a la niña.)
Serás el recuerdo de aquel triste amor,
serás el rescoldo de aquella pasión.
Bendita mil veces si en ti floreció.

ESCENA IV

ENCARNA y PITUSILLA

Hablado

PIT. ¡Encarna! ¡Redemonio! ¿qué ibas a hacer? A dar de mamar a este comino.

ENC. No, Consuelito. Estaba mirándola. Esto ni el médico ni nadie me lo puede prohibir.

PIT. Según y conforme Bueno; vente por acá. Y ante todo, salúdame. Dame un beso... así. Ya estamos solas y a nuestras anchas. Tu madre no está; la mía tampoco. Viva la libertad y abajo la tiranía, aunque sea materna.

ENC. Pero, Consuelito, hija; ¿no te parece a ti que ya va siendo hora de que sientes la cabeza? ¿Por qué no aprendes un oficio?

PIT. ¿Un oficio? Es poco para mí. Yo sé que llevo dentro de mí algo grande; algo que me incita a seguir otros rumbos... Oigo constantemente una voz interior que me dice: «Consuelo, Pitusilla; tú eres pequeña, pero eres grande. Adelante. No cosas, no friegues, no barras, no laves, no planches... no comas hortalizas ni cocido... no estropees tu físico en quehaceres domésticos. Esas faenas son impropias de tus altos destinos.» Y yo... hago caso a la voz; leo, estudio, me fijo y espero. ¡Triunfaré!

ENC. (Sentándose.) Fantasías... Esa cabecita loca. ¡Dios quiera que todo te salga bien!...

PIT. Y me saldrá, ¿por qué no? Bueno, pero hoy yo venía dispuesta a hablar contigo en serio.. Sí, sí, no pongas esa cara de asombro, que yo también sé ponerme seria... Estoy muy disgustada contigo...

ENC. ¿Por qué?

PIT. Porque me estás engañando miserablemente.

ENC. ¿Yo?

PIT. Sí, sí; tú... ¿No hemos convenido hace mucho tiempo en que tú y yo hemos de querernos siempre como hermanas? ¡Caray! Pues a una hermana no se la engaña... Mira, ya que estamos solas las dos, a ver si me explicas un lío que tengo hace tiempo metido aquí. ¿Adónde está?... No te señalo el sitio porque no sé a punto fijo si ese lío está en la cabeza o en el corazón... Vamos por partes... Tu nena, como todos los nenes, tendrá su papá. Digo yo, ¿no es eso? ¡Eh! Ay, hija, pero no me oyes...

ENC. Sí te oigo, si...

PIT. Entonces, ¿por qué no me contestas?

ENC. ¿Y tú, por qué lo preguntas?...

PIT. Si te lo voy a decir todo, muy clarito... Si yo no soy como tú, mi madre y la tuya; que aquí todos nos queremos mucho, todos somos muy buenos vecinos y muy buenos amigos y todos andamos siempre jugando al escondite y con medias palabras.

ENC. (Un poco seria) Pero, ¿qué dices, chica?

PIT. Verás... Hace muchos días, muchos, cuando la nena era más pequeña, le pregunté a mi madre que dónde trabajaba tu marido, que yo no le veía nunca.

ENC. ¿Y qué te contestó?

PIT. Que qué me importaba a mí.

ENC. Hizo bien.

PIT. Claro que hizo bien, si no hubiera sido más que eso Pero luego, encarándose conmigo, me dice: ¡Oye, tú, Pitusa del demonio!... A ver si vas a tener la desfachatez de preguntarle algún día a la Encarna por su marido. Anda, pues eso sí que tiene gracia, le repliqué yo... Cuando una mujer casada se encuentra con otra, ésta suele decirle... (Remedando.) ¿Y su marido?... Está bien... Bueno... pues dele usté recuerdos a su marido... Acabar yo de decir esto y darme mi madre en la cabeza con el palo de la escoba, todo fué uno...

ENC. Es que yo no tengo marido.

PIT. ¡Atiza! Entonces, ¿el padre de esta nena?...

ENC. Es un hombre a quien quise con toda mi alma. Le quise tanto que por quererle le seguí y por seguirle tropecé... y caí.

PIT. ¿Y desde entonces tienes a la nena?

ENC. Desde entonces.

PIT. Vaya un tropezón... Oye, pero él también tropezaría... y se caería...

ENC. Sí; pero los hombres se levantan más pronto... nosotras caemos para siempre. (Llorosa.)

PIT. ¡Ay, ay, ay!... ¡Su señora madre! (Escuchando.) ¡Calla!

ESCENA V

DICHAS y WLADIMIRO

WLAD. (Muy miedoso.) Perdone usté, señora Encarnación, que me cobije en su casa...

PIT. Pero, ¿de dónde sales tú, amante?

WLAD. Me he escapao de con mi madre; he saltao la verja y aquí estoy...

ENC. Lo que vas a hacer ahora mismo es volver a tu casa.

WLAD. No, señora; yo a mi casa no vuelvo; ¿usté sabe cómo se pondría mi madre? ¿Usted sabe que después del hambre que me hace pasar a fuerza de castigos, me ha obligao a tomarme esta mañana dos onzas de aceite ricino?... Con lo dulce que tenía yo el estómago.

PIT. Como que se comió dos kilos de yemas... Mira que se te ha quedao una cara...

WLAD. Tú calcula; el ricino y la falta de alimentación... Pa una vez que me había endulzao la existencia me la amargan a fuerza de ricino.

ENC. Es muy serio lo que has hecho; escaparte de casa...

WLAD. Sí, señora; me he escapao porque yo quiero a ésta y ésta me quiere a mí, y si usté no nos proteje... allá usté; pero yo... me voy.

PIT. ¿A dónde?

WLAD. No sé; por ahí... A tomar un billete de tercera clase para el otro mundo...

PIT. ¡No! Tragedias, no... y de tercera clase... Ven acá, rico; cálmate...

WLAD. No puedo. (Empieza a hacer gestos y contorsiones raras.)

PIT. Hambre.. Todo eso es hambre... ¿No te ha quedado algo de comida?

ENC. Allí a la lumbre he dejao unas judías esto-

fás... y unas sardinas (Wladimiro, a medida que oye el nombre de los alimentos, vuelve en sí.) rebozás con huevo.

PIT. Oye: ¿y le sentarían a éste bien las judías con el ricino? ¿No serán incompatibles?

ENC. Hija, no hay otro menú.

WLAD. ¿Hacia dónde cae la cocina, me hace el favor?...

PIT. Por aquí... Ven. (Le acompaña.) Que aproveche... ¡Pobrecillo, qué hambre trae! (Al volver a escena observa que Encarna tiene que apoyarse en la mesa) ¿Qué es eso? ¿Te pones mala?

ENC. No... es un mareo.

PIT. ¿Lo ves, lo ves cómo tiene razón el médico y tiene razón tu madre?... Ese crío te va a matar. Andando a la cama. (La coge y entra con ella en la habitación.)

ESCENA VI

DICHOS y SEÑORA PETRA

PETRA (Va colocando unos botes de leche pasteurizada encima de la camilla.) Ea; ya tiene aquí la nena alimento para un mes... La madre es la que no sé... no sé... (Queda pensativa cerca de la camilla)

PIT. (Saliendo de la habitación.) ¿También usté se ha caído?

PETRA ¿Qué dices?

PIT. ¡Que si ha habido bronca con la parroquia! Porque viene usté suave. ¡Vaya una cara!

PETRA ¿Tú sabes lo que acaba de decirme el médico?

PIT. Que la Encarna está peor... (La señora Petra asiente.) Eso no hace falta que lo diga el médico; con mirarla a la cara se ve... ¿Y sabe usté lo que la digo, abuela? Que a esta hija de usté quien la cura es la hija de mi madre... Sí, señora.. No ponga usté esa cara de tonta... Yo, yo misma... pero es menester que usté me ayude y me diga hasta qué punto llega el mal.

PETRA Hasta muy adentro... Esa pobre ha sido toda la vida muy buena, pero muy desgraciá... y la que nace desgraciá vive y muere más desgraciá.

PIT. Sí que es usté el primer digestivo... Nos ha amolao... Qué muertes, ni qué desgracias... ni qué narices... Aquí nadie se muere hasta que Dios no quiere... y Dios está de mi parte. ¡Me consta! (Bajando la voz.) Lo que va usté a decirme ahora mismo... pero ahora mismo, es quién fué el mal hombre que engañó a su hija de usté.

PETRA Pero, ¿tú sabes?

PIT. Yo sé más que lo que usté se figura... A ver, a ver... (Tocando los pitos con los dedos.) El nombre, prontito...

PETRA Ni puedo, ni debo, ni quiero decírtelo.

PIT. ¡Señá Petra, redemonio! ¡Que ya no soy ninguna chiquilla!... ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Cómo se llama? Pronto .. o salgo a preguntar a la gente en mitá de la calle.

PETRA Bueno chica, allá tú... Ese hombre es...

PIT. ¿Quién?

PETRA Tu hermano Paco.

PIT. ¡Mi hermano! (Pequeña pausa.)

PETRA Sí; tu hermano, tu querido hermano... Tenías que saberlo, pues ya lo sabes.

PIT. Bueno; pues ya ve usté... Si yo fuera otra, ahora me debía desmayar del susto, de la impresión, ¿verdad? Pues no me da la gana de desmayarme... Claro está que la noticia no es para salir por «marianas», pero tampoco para perder el habla. (Como si hablara consigo misma.) No, si el corazón no me engañaba a mí... Tanto como mi madre quiere a este crío... tanto como le quiero yo . ¡Claro! ¡La voz de la sangre!... ¡Y yo sin oirla!... (Como si hablara a la niña.) Y tú no te apures, cielo... a dormir... a llorar cuando se te antoje... y a chupar del bote, que to lo tienes pagao... que aquí está tu tía. (Observando a la abuela.) Y usté a secarse las lágrimas. (Con el delantal de la señora Petra y lloriqueando ella misma, la seca las lágrimas.) Aquí no se llora... Aquí... bueno... aquí hay dos males; uno moral y otro físico... pero los dos los curo yo... Lo urgente, ahora, es acudir al cuerpo; después iremos al alma, al corazón, donde sea menester.

PETRA Pero tú, Pitusa, ¿qué vas a hacer?

PIT. Lo primero coger las riendas de esta casa,

constituirme en cabeza de familia y mandar a todo el mundo. ¡Y ay del que no obedezca! Usté, ahora mismo se va con su hija para que no sospeche nada .. De manera que ande, ahueque.

PETRA Pero...

PIT. Hay que obedecer, adentro. (La acompaña hasta el mutis.)

ESCENA VII

PITUSILLA. Después WLADIMIRO

PIT. (Cuando se ha quedado sola y como si hablara con el público.) ¡Ese es mi hermanito! ¡Qué hombres! ¿Para qué habrá hombres en el mundo? ¿Para qué sirven? Para esto... Para que una pobre mujer se cuele de verdad con ellos, les entregue todo su cariño, les entregue toda su alma, bueno, y toda su persona, y cuando la cosa va pesando, el ahuequen. ¡Ladrones! ¡Ladrones! Paco, Paquito, hijo mío, ¿te parece bien lo que has hecho? ¿Es bonito lo que has hecho? Claro que es bonito, como que es un sol, pero eso no está bien, no y no...

WLAD. (Que sale relamiéndose por la derecha.) ¿Qué será eso?

PIT. ¡Quítese usté de mi vista! (Wladimiro hace medio mutis.) ¡No es usté digno de ponerse delante de mí, ni de llevar mi apellido...

WLAD. ¡Eh!...

PIT. ¡Un hijo, nuestro hijo!

WLAD. ¡Tiene un hijo!

PIT. Mejor dicho, nuestra hija.

WLAD. En qué quedamos.

PIT. Una hija que no conoce a su padre.

WLAD. ¡Arrea! Un drama. (Llamándola. ¡Consuelito!

PIT. No quiero oirte... Lo que has hecho es una infamia.

WLAD. No me cortes la digestión, Pitusilla. (Se acerca a ella.)

PIT. ¡Ah!... ¿Eres tú?

WLAD. Claro que soy yo; un poquito más gordo que antes. Pero, ¿qué te pasa?

PIT. No... nada... Y tú, ¿qué has hecho?..

WLAD. Pues en la cocina, donde me mandaste...

Primero me comí todas las judías, después las sardinas, ¡qué ricas! Luego, eché una mirada y me comí unos garbanzos y unas patatitas que por lo visto sobraron al medio día.

PIT. Esos garbanzos no estaban en el menú.

WLAD. Estaban en el suelo; se los habían puesto al gato; pero se conoce que es un poco señorito y los ha despreciao...

ESCENA VIII

DICHOS y SEÑOR BALDOMERO

BALD. Pero que muy buenas, pareja. ¿Estorbo?

PIT. Al contrario; viene usté que ni de encargo... Pase usté.

(Baldomero interroga con la mirada a Wladimiro; éste dice que no sabe nada. Mientras tanto, Pitusilla va acercando tres sillas al proscenio. Se asoma a la habitación de Encarna y escucha. Cierra la puerta del fondo y viene al proscenio.) Usté, siéntese aquí; tú, aquí y yo, en medio. (Se sientan los tres.)

BALD. Bueno, pero, ¿qué va a ser esto? ¿El Concilio de Trento o la toma del Rastro por los perros de presa?...

PIT. Señor Baldomero. ¿Quiere usté ponerse serio dos minutos?

BALD. ¿Na más que dos minutos? Complacida...

PIT. Vamos a ver, ¿usté quiere la mano de la señora Petra?

BALD. La mano y to el contorno y sus alrededores..

PIT. ¿Y tú qué quieres, rico?

WLAD. A ti, ¡corazón! (Se acarician.)

BALD. Oye... oye... (Quiere levantarse.) Pues sí que me reserváis un papelito de W y C. Ya podíais citaros en la Guindalera para deciros ternezas...

PIT. Son preguntas previas.. Ahora entramos en materia... Veamos. (Al señor Baldomero.) Usté, ¿no ha sido madre nunca? (Wladimiro se ríe.)

BALD. Hombre... que yo recuerde, no he tenido ese gusto.

PIT. Bueno; pues esta pregunta que tanta gracia ha hecho aquí a don Tristrás, es todo un programa. La Encarna está cada vez peor y

¿saben ustedes por qué? Pues porque, aunque el médico la ha prohibido que críe a su hija, la Encarna se ríe del médico y cría a su hija.

BALD. ¿Tú crees?

PIT. (Bajando la voz.) Yo creo que, aprovechando el cansancio de la pobre señora Petra, que viene rendida del río, la Encarna, se levanta todas las noches, saca a la niña de la cuna... se la lleva con ella... y al chupen...

BALD. ¿Y en qué te fundas?

PIT. Yo tengo mis razones y mi plan.

BALD. ¿Y en qué consiste ese plan?

PIT. En que esta misma noche, ahora, dentro de un rato, cuando todos estén acostaos, nosotros tres tenemos que cometer un robo...

WLAD. ¿Y qué vamos a robar?

PIT. Una niña... Sí, hombre, sí... ¡Uf, qué torpes son ustedes! (A Baldomero.) Usted, ahora, en vez de subirse a su tercero centro, se mete ahí, en la cocina, con éste... y yo, en vez de subir a mi casa, me escondo aquí.

BALD. Cinematográfico. ¿Y qué?

PIT. Y robamos la niña.

BALD. Bueno; supongamos que ya hemos cometido el robo, ¿qué hacemos con la chica?

PIT. ¡Ah! Pues lo primero es alimentarla bien para que se nos críe sanota y robusta.

BALD. ¿Y quién va a ser su ama de cría?

PIT. Usté es el más indicao...

BALD. ¡Su abuela!

PIT. ¡Su abuelo! Digo yo; usté acaba de criarla hasta que sea un poco mayor. . Usté se coge media docena de botes de la leche esa pasteurizada y se sube la nena a su cuarto. ¿Que llora? A chupar del bote.

BALD. Oye; esta misión láctea que me encomiendas no guarda mucha relación con mi sexo... (Wladimiro se está riendo hace rato.)

PIT. (A Wladimiro.) No, si para ti también hay... El señor Baldomero será el encargado de dar a la nena la alimentación... y tú... estarás a las resultas de la alimentación.

BALD. (Riéndose.) Te veo en el río lava que lava...

WLAD. Pero...

PIT. No hay pero que valga. Esta es la primera parte del programa.

BALD. ¿Pero hay segunda parte?

PIT. (Atajándole.) Ya lo creo. De esto ya hablaremos. Y ahora... (Escuchando.) A callar que viene gente... Meterse ahí; en la cocina. (Baldomero y Wladimiro entran en primera derecha. Pitusilla se oculta bajo la mesa camilla.)

ESCENA IX

SEÑORA ANTONIA y SEÑORA PETRA

ANT. (Entrando.) ¿Qué haces, tú?

PETRA (Saliendo de la habitación.) Aquí con ésta; parece que se ha quedao más tranquila.

ANT. ¿Y la Pitusa?

PETRA Ah ¿pero no está? Pues si la dejé aquí...

ANT. Habrá volao. Buena pájara está. (La Pitusilla asoma la cabeza por la camilla y a medida que indica el diálogo va haciendo gestos.) Pues mira, me alegro que no esté aquí ese torbellino de hija, porque te tengo que decir una cosa que no quiero que ella sepa.

PETRA Perdóname que te corte, Antonia; pero la Pitusilla sabe a estas horas que su hermano es el padre de esa nena; se lo he dicho yo.

ANT. Has hecho mal.

PETRA Pero, ¿tú sabes cómo se ha puesto? Como que si yo no se lo digo hubiá alborotao a toda la vecindá pa saberlo ¡Buena es ella!

ANT. ¡Huy, en cuanto la pesque, la arranco el moño! Bueno, ¿pero tú no la habrás dicho que su hermano está en Madrid, hospedado na menos que en el Gran Hotel, con cuarto de baño y un negro a la puerta? (La Pitusilla se pone muy contenta.)

PETRA No; de eso no sabe una palabra.

ANT. Menos mal; pues conviene que no lo sepa. Bueno... ¿Me necesitas para algo?

PETRA No, gracias; me voy a acostar en seguida. (Antonia se acerca a la cuna y besa a la niña.)

ANT. Adiós, princesa... Bueno, tú... si quiés algo avisa. Hasta mañana

PETRA Adiós, hija, hasta mañana. (La acompaña y después entra en la habitación.)

ESCENA ULTIMA

La escena permanece breves momentos sola. Se oye el llanto de la niña que está en la cuna A poco sale la SEÑORA PETRA a medio vestir y sujetándose un delantal, coge a la niña que continúa llorando y sentada cerca de la camilla, empieza a cantarla. Cantando a la niña, la señora Petra se queda dormida con la niña en brazos. La PITUSILLA saca entonces la cabeza y medio cuerpo por el lado donde está la señora Petra con la nena y continúa ella el cantar de la abuela, hasta que la niña se duerme del todo. Despierta la señora Petra y la Pitusilla vuelve a su escondite

Mi niño duerme,,
duerme pronto, mi prenda,
que si no duermes,
viene el coco y te lleva.
No llores, mi niño,
mi bien, mi cariño

PETRA ¡Anda, pues no me he quedao dormida yo también! No, pues esta cayó para rato. (Levantándose y echa la niña en la cuna.) Vamos, hijita, vamos a ver si dejas descansar a la abuelita. (Entra en el cuarto de Encarna y sale al poco.) También la madre parece que duerme. ¡Ay, Virgen de la Paloma, si tú quisieras ..! (Mutis a su habitación. Sale Pitusilla de su escondite y llama a Baldomero y Wladimiro que salen a escena. Pitusilla avanza despacio e impone silencio a los otros dos. Se dirige a la cuna coge la niña, la besa, se la entrega a Baldomero. Se mete en la cuna y se tapa cabeza y todo. Por señas les ha dicho a Baldomero y Wladimiro que se retiren otra vez a su habitación y así lo hacen Pequeña pausa. Sale Encarnación y con cautela cruza la escena dirigiéndose a la alcoba de su madre y observa un poco.)

ENC. ¡Pobre abuela! Descansa tranquila... ahora empieza la noche... ahora mando yo. ¡Qué saben los médicos!... (Dirigiéndose a la cuna.) ¡Hija mía!

PIT. (Incorporándose y haciéndola burla poniendo los dedos en la nariz.) ¡Narices!

ENC. Eh, Pitusilla...

PIT. Anda, dame de mamar a mí si te es igual.

ENC. ¿Y mi hija?

PIT. Chist... no alborotes. Allí la tienes. (Salen Baldomero y Wladimiro con la nena. Pitusilla sale de la cuna y coge de un brazo a Encarna y con cierta autoridad le dice.) ¡Te he cogido en inflagante delito maternal. Te perdono porque eres madre... y puede que algún día lo sea yo. Pero, desde hoy en adelante a tu hija, la verás, sí... pero no la catarás.

BALD. ¡Yo la criaré a mis pechos!

MUTACION

CUADRO TERCERO

Gabinete lujoso. Puerta al fondo y en el primer término de la izquierda a la derecha, un biombo.

ESCENA PRIMERA

PITUSILLA, SEÑORA ANTONIA y ENCARNA

PIT. (Desde la puerta del fondo.) Vamos, anden. Madre, pase usted, Tú, demonio, entra también. (Entran; con algún reparo Encarna.) Si no hay nadie.

ANT. Bueno; aquí estamos. Como nos hagas tirar una plancha .. cuenta que de esa trenza que llevas ahí, me hago unas ligas.

PIT. Hum .. que desconfiada es usted. Cuando yo las hago llegar hasta aquí, mis razones tendré. (A Encarna.) Tú, no pongas esa cara... cualquiera diría que ibas a cometer una mala acción.

ENC. Ay, Consuelito, que yo creo que vamos a dar un mal paso.

ANT. Milagro será.

PIT. Que no, ¡recontra! que no. Van ustedes ha terminar porque me irrite. Mi hermano está ya si se entrega o no se entrega. Aquí no hay más ama que yo; la primera condición que puse a mi hermano fué esa: nada de amigotes, ni de señoras pintás de rubio.

ANT. ¿Y ese negro?

PIT. Ese negro yo le cambiaré por otro... Bueno,

pues por aquí. Cuando sientan ustedes que hay gente pueden salir y detrás de ese biombo presencian lo que les interesa. (Las coloca tras el biombo.)

ESCENA II

PITUSILLA y el NEGRO. Después WLADIMIRO

PIT. (Llama al timbre y entra el Negro.) Oye, moreno, di a ese rubio que pase. (Sale el Negro y entra Wladimiro con algún reparo.) Pasa, hombre, pasa.

WLAD. (Reconociendo la habitación.) Chica; ¡qué lujoso es esto! ¡Y es aquí dónde vive tu hermano?

PIT. Ya ves...

WLAD. ¡Qué suerte tienen algunos hombres!... Ya podías ponerme un cuarto así.

PIT. ¡Qué rico!

WLAD. Oye; ¿y esto qué es?

PIT. El cuarto de baño.

WLAD. Ah... ¿pero tu hermano se baña?

PIT. Todos los días, y desde que yo estoy con él, también.

WLAD. Pues chica, ¿qué quieres que te diga? Eso de bañarse todos los días es una asquerosidad. Una vez al año y gracias... Así lo hago yo en el puente los Franceses... Oye, oye, y qué olorcito hay aquí y qué guapísima estás...

(A medida que indique el diálogo la señora Antonia irá haciendo gestos de mal humor y de contrariedad, y habrá algún momento en que quiera salir a escena sujetándola la Encarna.)

PIT. Bueno, bueno... deja eso para mejor ocasión.

WLAD. No sé qué llamarás tú mejor ocasión... Estamos solos... tu hermano en la calle... tu madre en misa...

PIT. Mi madre, en misa... A ver si te canta el Credo.

WLAD. ¿Tu madre? ¡Vaya una suegra más antipática y gruñona que me ha caído en suerte!... ¡Tiés una madre!... (Pitusilla le hace guiños de que se calle, y Wladimiro se hace el loco.) ¿Qué? Déjame que me desahogue. Ahora no nos oye.. Tiés una señora madre de una vez... ¡Hay que matarla!...

PIT. ¿A quién?

WLAD. A tu madre... A mí no me pué ver ni en pintura... Por supuesto, que nos pagamos en la misma moneda... En cuanto que me case contigo la ahogo. . Sí, señor .. Tengo yo un procedimiento nuevo para ahorcar suegras y lo voy a experimentar con tu madre.

PIT. (Que está muy sofocada.) ¡Qué bromas gastas siempre con las suegras! (Siguen las señas.)

WLAD. No, si no son bromas. (Pitusilla, nerviosa, toca el timbre.) ¿Qué vas a hacer?

PIT. (Con rabia y a él solo.) Ahogarte yo a ti. (Alto.) Ahora lo verás.

(Señora Antonia y Encarna hacen mutis.)

ESCENA III

PITUSILLA, WLADIMIRO y el NEGRO

PIT. (Al Negro, que entra.) Pasa, moreno, pasa.

NEGRO ¿Qué manda su mersé?

PIT. Ven acá .. Dame la mano.

NEGRO (Saludando) ¿Cómo dise que le va?

WLAD. (Remedando.) Dice que le va bien.

NEGRO ¡Anda este zanguango!...

WLAD. Oye, tú, rubiales; si te doy en la cara te la revoco.

PIT. ¡Chist!... A callar...

NEGRO ¿Qué manda mi señorita?

PIT. Ven acá... A ver esa otra mano. A mí me parece que tú eres un americano de alpaca... Esta mano se destiñe... y la cara,.. (Observando.) Anda, anda, lávate la cara .. Sí, hombre, sí. Se está viendo a la legua que esta cara es pintada.

WLAD. ¡Ay, qué sanguango!...

NEGRO Eso es que a la señorita le han venío con el soplo. . y ya se me figura quién ha sío y en cuanto le coja le jago...

PIT. No te sofoques, hombre. Ni nadie ha soplao ni hay que comerse a nadie. Desde que vivo con mi hermano te vengo observando y yo sola me basto para descubrirte. Pero repito que no te sofoques... No pienso dar parte de ti... Lo que tienes tú que hacer es quitarte ese traje y dejarlo ahí. .

NEGRO Ahorita mismo... Oiga usté. ¿Y cómo me voy yo a mi tierra?... ¿En calzoncillos?

WLAD. Con las manos en los bolsillos.

PIT. Tú, quitate ese traje.

NEGRO ¿Pero... aquí?...

PIT. Sí, hombre; desnúdate, no tengas reparo.

NEGRO Yo es por usté...

PIT. Yo ya estoy hecha a ver visiones..

NEGRO Oiga usté, señorita; no hay que faltar a las formas. (El Negro se desnuda y queda en calzoncillos de esos de a cuadros, tras el biombo.)

WLAD. Por el interior se ve que es de buena familia. Lleva bordaos los calzoncillos... (Se ríe.)

PIT. (A Wladimiro.) Bueno; ahora tú...

WLAD. ¿Yo qué?

PIT. Que te desnudes también... que te quites los pantalones.

WLAD. No puedo...

PIT. ¡Ah!... ¿Pero es que no quieres quedarte en calzoncillos?

WLAD. No, no es eso... Es que si me quito los pantalones, no me quedo en calzoncillos...

PIT. ¿Por qué?

WLAD. Porque no los llevo...

PIT. ¡Oh, oh, oh!...

WLAD. Se conoce que se me olvidó ponérmelos... o puede que se me hayan caído por el camino.. Como he venido deprisa...

PIT. ¡Oh, oh!... Bueno; pues tienes que desnudarte para que tu ropa sirva a este hombre.

WLAD. Bueno... pues allá cuidaos... (Intenta quitarse los pantalones.)

PIT. (Tapándose los ojos.) No; aquí, no... Métete ahí en esa habitación. (Entra Wladimiro.) Tírame los pantalones.

NEGRO Oiga, amigaso... Dese un poquito de prisa, que me voy a constipar.

WLAD. (Tirando los pantalones.) Ahí va... Consuelito, ¿qué hago yo ahora? Que me constipo... (Estornuda fuertemente.)

PIT. ¡Ay, pobrecito mío! Entrele esos pantalones.

NEGRO A mí me da mucho reparo ver un hombre sin pantalones y sin calzoncillos...

WLAD. ¡Que me constipo! (Sigue estornudando.)

PIT. (Coge los pantalones, y andando de lado y tapándose la cara con una mano, se acerca a la puerta de Wladimiro.) ¡Ahí va! (Le tira los pantalones. El Negrito acaba de vestirse con la ropa que va tirando Wladi-

miro. Este sale a escena acabándose de vestir.) Bueno; no está mal... remángate un poco el pantalón .. Así... Y tú, anda, ahueca. (Al Negro.)

NEGRO Buena suerte, compañerito... Adiós, señorita... Adiós, negrazo... (Mutis del Negro.)

WLAD. Adiós, ninchi. (Sale Wladimiro vestido con el traje del Negro y con la cara pintada de negro.

PIT. Chico, muy bien: un guajirito...

WLAD. Y tú mi guajirita.

Música

PIT.

Me tiene el alma rendida
un negro de la cabaña
tan dulce como la caña;
y estoy de amor tan prendida
que se va tras él mi vida
y mi querer le entregara,
si el temor no me asaltara
de que al besar a mi niño
¡ay!
a pesar de mi cariño
pueda desteñir su cara.

—

WLAD.

La noche le sigue al día
y a la noche la mañana,
a la bulla y la jarana
sigue la melancolía,
sigue al fuego el agua fría
¡ay!
sigue al mar ancho y bravío
el agua mansa del río,
a la tempestad la calma
y sigo yo con el alma
a una chula de trapío.

ESCENA IV

PITUSILLA y WLADIMIRO

Hablado

PIT. Ahí está mi hermano... Cada uno a su puesto.

(Sale el Negrito por el foro y vuelve acompañado de Paco. Pitusilla entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA V

PACO y NEGRITO. Después BALDOMERO

Entra Paco sosegadamente, seguido del Negro que le recoge el sombrero y el bastón

PACO ¿Ha venío la señorita?

WLAD. (En americano muy exagerado.) ¿Qué zeñorita dise su mersé?

PACO Aquí no hay más señorita que mi hermana... ¿No te lo he dicho ya otras veces...

WLAD. Perdone el señó... no me acordaba.

PACO (Fijándose.) Este negro ha crecido... Oye, tú has crecido, ¿verdad?

WLAD. Puede que sí, señó; el cambio de clima...

PACO Bueno... Oye, avisa a la señorita.

WLAD. Voy volando. Pero he de decirle a mi señó que hace un ratito larguito, un caballero está ahí deseando parlamentar con usía...

PACO ¿Un caballero?... Que pase.

WLAD. (Saliendo al foro.) Pase usté.

BALD. (Vistiendo traje de gala, sombrero hongo y corbata chillona.) ¿Don Francisco Blanco?

PACO Servidor .. ¡Adelante! (Reconociéndole.) ¿Cómo? ¿Usté, señor Baldomero?...

BALD. El mismo; y perdone usté si...

PACO ¿Qué es eso de usté?... A mí los amigos de siempre me tratan como amigos.

BALD. Hombre, pues muchas gracias, y perdona que me introduzca en tus íntimas habitaciones... Pero tenía necesidad de hablar contigo; deseaba tener una *tête a tête* sobre cosas interesantes Vite un día por la calle; seguite, y héteme aquí.

WLAD. Jua, jua, jua.

BALD. ¡Que jocosa es esta caja de betún!

PACO (Al Negro.) Retírate.

WLAD. Jua, jua, jua. (Mutis foro.)

PACO Pues nada; estoy a sus órdenes. Siéntese...

BALD. Ante todo, supongo que sabrás que me quedé viudo...

PACO Hombre, lo siento y le acompaño...

BALD. ¿Que me acompañas en el sentimiento ibas a decir?... (Paco asiente.) Pues no me acompañes, porque te quedas solo. Sí, Paco; ante

todo la franqueza... Aquella mujer que compartió conmigo el catre nupcial, aquella media naranja, me resultó un limón. Prosigo... Me quedé viudo y respiré.. Solos el gato y yo, y algunas veces yo solo, porque el gato se me escapaba de parranda, me puse a considerar que a mí me faltaba algo... Todo esto quiere decir, Paco amigo, que essoy enamorado como un animal, mejorando los presentes.

PACO Pues a casarse, señor Baldomero...

BALD. A eso voy... Si ya tenemos todo en regla; papeles, amonestaciones, invitaciones hechas, hasta un arroz encargado en Amaniel.

PACO Entonces...

BALD. Es que da la casualidad de que esta mujer tiene una hija que a su vez tiene otra hija, que da la casualidad que no tiene padre...

PACO (Levantándose.) Señor Baldomero...

BALD. (Idem) Perdona, Paco; pero para casarme con esa mujer es preciso que una niña que no tiene apellido, lo tenga; y yo vengo a eso; vengo a consultarte si tú no tienes inconveniente en que yo dé mi apellido a esa niña.

PACO ¿Su apellido de usté?

BALD. Sí, mi apellido... Cebollino... No es muy elegante... lo comprendo; pero tocante a honradez supongo que no tendrás duda alguna...

PACO Lo que usté me propone, señor Baldomero, es muy complicao... y da que pensar...

BALD. Pues no hay en ello misterio alguno... ¿Te ha molestao a ti Encarna alguna vez después de aquéllo?... ¿Te ha pedido algo?

PACO Eso es verdad. Encarnación jamás ha intentado verme... A veces he dudao si aquello fué cariño...

BALD. Fueron... narices... Miá este. Es que la faenita que la hiciste ha sío como pa que te dieran las dos orejas... pero las dos orejas tuyas. Bueno, Paco, hijo, tú dirás.

PACO ¿Tanta prisa tiene usté?

BALD. Te diré: en primer lugar la cosa de la niña urge... y además.. aquí hay un lujo.. Huele a cocota, chico, y dispénsame la franqueza.

PACO (Con pena.) En fin .. lo pensaré...

BALD. Entonces volveré...

PACO Sí, sí; vuelva usté.

BALD. Adiós, Paco... y lo dicho... Perdona.

ESCENA VI

PACO y PITUSILLA. Paco, después de acompañar al señor Baldomero, vuelve a escena y se deja caer en la «chaise-longue», quedando en actitud pensativa. Pitusilla sale sigilosamente y cruza la escena; hace señas a la señora Antonia y Encarna para que salgan y escuchen. Salen Encarna y la señora Antonia y se colocan otra vez tras el biombo. La Pitusilla avanza hacia Paco y se coloca detras de él tapándole los ojos con las manos

PACO (Reconociendo al tacto las manos de Pitusilla.) ¡Consuelito!...

PIT. Buen tacto; la misma soy. (Se sienta a su lado muy cariñosa.)

PACO ¿Dónde estabas?

PIT. Arreglándote tu cuarto de baño... Pero, oye, ¿qué te pasa?... Parece que estás triste...

PACO No...

PIT. Mírame a la cara... A ti te pasa algo y algo gordo... Si hasta parece que has llorao...

PACO Que no me pasa nada, tonta...

PIT. ¿Secretos a tu hermana?... Eso sí que no... ¿No hemos quedao en no tener secretos?... Entonces...

PACO Es que, Consuelito, hay cosas que yo no sé si tú las entenderás o si conviene que las entiendas.

PIT. Yo entiendo de todo. ¡Palabra! Mira, en este momento estoy leyendo en tu alma como si fuera un libro abierto.

PACO (Sonriente.) ¿Y qué dice ese libro?

PIT. Tengo miedo que de un trompazo me rompas una hoja...

PACO Descuida... Puedes hablarme como me hablas siempre: sin rodeos; que por mucho daño que a veces me hacen tus palabras, yo te las perdono porque sé que son hijas de tu gran cariño

PIT. Eso no lo dudes... Si no te quisiera como te quiero, a buena hora iba yo a estar aquí, en un sitio en que no encajo bien. Poquito trabajo que me costó convencer a madre... para que me dejase estar contigo.

PACO Ahí tienes uno de mis sentimientos: madre no me quiere.

PIT. No digas tonterías. ¿Cómo no te va a querer

madre?... Lo que pasa es... pues ya lo sabes; que madre está montada a la antigua... y quiere que las cosas sean como deben ser... y na más... En lo que es culpa tuya y sólo tuya, ¿qué quieres que haga madre?

PACO Venir a verme... Yo la cité para verla...

PIT. Ya vino.

PACO Mejor hubiera sido que no hubiera venido... Se puso suave...

PIT. Ya sabes su genio... Además, que mira, ahora que no nos oye, no dejarás de reconocer que tiene razón, ¡qué caray! Acuérdate de lo que siempre ha sido tu casa; no habremos tenido riquezas, pero siempre tuvimos tranquilidad y decoro. Padre murió y no nos dejó el pobre más que una salud muy buena y un apetito muy desarrollao... Y la pobre señá Antonia, lava que lava en el río, llenándose las manos de llagas y de restregones pa que tú y yo pudiéramos comer, y pa que tú cuando ibas creciendo tuvieras un oficio muy decente donde poderlo ganar. Y bastante ha conseguido, que lo ha conseguido. Te dió un oficio y te hizo hombre A mí también me qui-o dar un oficio; pero yo no quise aprenderlo... y aquí me tienes hecha una inutilidad, hijo; ¿pa qué me voy a poner tonta?... Pero no me tira el fogón.. A la pobre señá Antonia la hago renegar más... Se ha gastao la mitad del capital en escobas...

PACO ¿Para que barras?

PIT. No; pa tirármelas a la cabeza... En fin, el caso es que nos ha criao a los dos, si no con regalo, al menos con decencia. ¿Es verdad?

PACO Es verdad.

PIT. Pero llegó la catástrofe...

PACO ¿Y quién tuvo la culpa?

PIT. Tú...

PACO Siempre dices lo mismo. Yo. ¿Por qué yo? ¿No pudieron ser las circunstancias?

PIT. Yo no conozco a esas señoras y a ti sí. ¿Qué daño te hizo la pobre Encarna?

PACO Ya te he dicho lo que pienso sobre el particular...

PIT. Es que no basta pensar, hay que obrar... y hay que arreglar este pleito en seguida.

Piensa que tienes una hermana, que a tu hermana la puede dar la chifladura de querer a un hombre, y a ese hombre, por abusar de su cariño... ¿qué dirías tú entonces?

PACO Consuelo, no digas eso...

PIT. Ya sé que te molesta la comparación; pero tú me has dado palabra de cumplir con Encarna y has de cumplirla.

PACO Sí, mujer, sí... Pero ya habrá ocasión. Todo se hará con el tiempo.

PIT. ¿Y la niña?

PACO (Dudando.) La niña...

PIT. ¿Qué? ¿También va a poder esperar ese angelito a saber que tiene padre? Pues no, señor; si Encarna espera, porque al fin es mujer, y decir mujer quiere decir mártir, la niña no puede esperar ni un día más, me lo ha dicho a mí poniéndome una carita y unos ojitos de querubín. Mírala qué hermosa es. (Saca un medallón que llevará al cuello. A medida que va Paco interesándose por su hija, la señora Antonia y Encarna harán demostraciones de sorpresa e interés. La primera se va acercando al grupo de Paco y Pitusilla; Encarna quedará más al fondo.) No me negarás que ha salido a nuestra familia. La nariz es tuya, los ojos míos, la boquita de la abuela, el pelito rizao, como lo tenía nuestro pobre padre. ¿Te acuerdas? ¡Ay, qué rica es!... ¡Pobrecita mía! ¿Qué culpa tienes tú de las picardías de los hombres? (Besa el retrato varias veces.) Dala un beso. (Paco duda un poco; pero al fin besa el retrato.)

PACO ¿Me das ese retrato?

ANT. El original, que es tuyo.

PACO ¡Madre! ¿Usté... aquí?

ANT. Sí; yo misma. He querido convencerme si te quedaba algo de conciencia...

PACO Y que cree usté...

PIT. ¿Qué ha de creer? Lo que ha visto... que no eres tan malo como parece.

PACO ¿Me perdona usté, madre?

ANT. Yo... si esta te perdona... (Va y saca a Encarna.) sí.

PACO Pero... ¿qué es esto?

PIT. Una encerrona mía.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y BALDOMERO, con la niña

BALD. Señor don Francisco Blanco, ¿me autoriza usté para poner el Cebollino a esta niña?

PACO No, señor... Esta niña tiene su padre y su apellido. (Coge la niña.)

PIT. ¡Este es mi hermanito!
(Al público.)
Y aquí termina el sainete.
Perdonad sus muchas faltas.
(Telón.)

FIN DEL SAINETE

JUICIOS DE LA PRENSA

Enrique Calonge, después de afortunadas tentativas teatrales, nos ha dado a conocer un sainete titulado *La Pitusilla*, que ha obtenido resonante éxito y que afirma la personalidad del autor.

Tiene *La Pitusilla* muchas escenas de tierna emoción, especialmente en el cuadro segundo, el más natural, el más sencillo, y el elemento cómico, predominante siempre, es de la mejor ley, pues ni por un momento se busca la comicidad de las situaciones en *La Pitusilla* recurriendo a malabarismos del lenguaje ni a efectos inverosímiles.

El Sr. Calonge tuvo la satisfacción de ser llamado a escena a la terminación de los tres cuadros en que está dividida la obra.

Con él compartió los aplausos el Sr. Soutullo, autor de la partitura, que sirve bien las pocas exigencias musicales del libro, y en la que sobresale una nana y un intermedio, instrumentado con el buen gusto a que nos tiene acostumbrados el joven maestro.

María Lacalle, alma y vida del sainete, muy bien, perfectamente adaptada al tipo; muy justa y natural la Sra. San Martín, lo mismo que el Sr. Aznares, y muy graciosos la señora Romero y los Sres. Aparici y Gómez Bur.

A la terminación de la obra, el agente de Policía de servicio en el teatro requirió a la Empresa y a los autores para que desaparezca de entre los personajes un Guardia de Seguridad, dándoles como solución que se sustituyera por un Guardia Municipal.

El autor se ha negado a ello, fundándose en que en el sainete ni se pone en ridículo al Cuerpo de Seguridad ni siquiera al Guardia, y en que, de acceder a la pretensión, tendrían que desaparecer del repertorio *La verbena de la Paloma, La Revoltosa* y otros cien sainetes en que aparecen los Guardias, *siempre oportunamente,* aunque sea falsear la realidad.

El Imparcial.

* * *

La Pitusilla, sainete estrenado anoche en el popular coliseo de la calle de Toledo, obtuvo un éxito grande, rotundo, definitivo; uno de los mayores éxitos que hemos presenciado en aquel teatro.

Enrique Calonge, habilísimo autor y dialoguista feliz, ha compuesto un lindo e interesante sainete, que divierte y emociona.

Desde las primeras escenas, como no podía menos de ocurrir, el público entró de lleno en la obra, siguiendo con inte-

rés creciente las mil diabluras que se le ocurren a la Pitusilla, y gracias a las cuales se arreglan satisfactoriamente los conflictos que el autor ideó para construir su obra.

La música—administrada, por la índole del asunto, en dósis homeopáticas—es digna compañera del libro. Soutullo es un gran compositor. Seguro de su arte y en pleno dominio de todos los recursos de instrumentación, ha compuesto unos cuantos números que agradaron plenamente al auditorio.

Una canción de cuna—interesantísima página musical—un precioso intermedio y un dúo cómico fueron ovacionados, y repetidos los dos últimos.

Calonge y Soutullo salieron mil veces a la terminación de todos los cuadros, y escucharon atronadores aplausos.

La Pitusilla es María Lacalle. ¿Para qué decir más? María Lacalle es una de las artistas más comprensivas que han pisado la escena española Ella cultiva todos los generos con la misma fortuna, y da vida a los más antagónicos personajes con pasmoso verismo.

La Pitusilla es una muchachuela revoltosa que con sus diabluras consigue lo que quiere de todo el mundo. La enorme actriz de Novedades realizó, encarnando este tipo, una labor de mérito insuperable. Fué el de anoche uno de sus más grandes éxitos

Los demás intérpretes de la nueva obra cumplieron como buenos.

La Jornada.

***

La Pitusilla. Esta obra es uno de los sainetes mejor hechos de la actual producción literaria.

Enrique Calonge, su autor, ha obtenido el éxito mayor registrado en la temporada de Novedades y su crédito literario se ha afirmado más, pues, tanto el público como la crítica, no escatiman elogios, y de modo unánime

Desde las primeras escenas, como no podía menos de ocurrir, el público entró de lleno en la obra, siguiendo con interés creciente las mil diabluras que se le ocurren a la Pitusilla, y gracias a las cuales se arreglan satisfactoriamente los conflictos que el autor ideó para construir su obra.

La música—administrada por la índole del asunto en dosis homeopáticas—es digna compañera del libro.

Soutullo es un gran compositor. Seguro de su arte y en pleno dominio de todos los recursos de instrumentación, ha compuesto unos cuantos números que agradaron plenamente al auditorio.

Una canción de cuna—interesantísima página musical—, un precioso intermedio y un dúo cómico fueron ovacionados, y repetidos los dos últimos.

María Lacalle se distinguió entre todos los intérpretes.

(El Universo.)

***

La Pitusilla es una chica avispada y resuelta que con ingenio y arte logra la reparación de un gravísimo daño que un hermano suyo infirió a una pobre muchacha.

Y alrededor de esta sencilla acción, que hiere el sentimiento del buen público de Novedades, unas cuantas escenas y tipos, en cuya presentación dominan el acierto y la gracia.

Este es el sainete compuesto por Enrique Calonge, que vió premiada su meritísima labor con muchos aplausos y llamadas a escena; muy justamente, por cierto, pues *La Pitusilla* es un sainete cuyo primer cuadro no desmerece de los clásicos del teatro español, con la ventaja de que la nota sentimental que el autor da con grandísimo arte y el acertado desarrollo de la acción en los cuadros siguientes aumenta el interés y lo hace más interesante.

El maestro Soutullo le ha puesto una música original y agradable.

El *fox-trot* con que comienza la representación, y se repite al terminar el primer cuadro; la sentida aria de tiple, número de gran delicadeza, y el preludio del último cuadro, son números que acreditan a un maestro. Sobre todo el citado preludio o intercuadro, es de una grande inspiración, y hubiera lucido más con un poco de silencio, que es imposible pedir en Novedades. Así y todo, se repitió el número, y fué muy aplaudido.

La Pitusilla es María Lacalle, cuyas aptitudes encajan admirablemente en el papel de chica traviesa y revoltosa.

Fué muy aplaudida, y contribuyó en parte principal al éxito alcanzado.

Los demás actores cumplieron en sus respectivos papeles.

La Mañana.

*
* *

El sainete en tres cuadros, *La Pitusilla,* de que es autor Enrique Calonge, obtuvo la sanción favorable del público, en gracia al acierto del desarrollo de las escenas, bien vistas y ponderadas, y a la gracia espontánea del diálogo, abundante en chistes, que arrancaron grandes carcajadas, especialmente en el segundo cuadro.

El maestro Soutullo ha escrito para la obra una adecuada partitura de la que se repitieron dos números.

María Lacalle dió al tipo de muchacha avispada y retozona singular relieve, siendo muy aplaudida. También se distinguieron la señorita Aracil y la señora Romero, y Vicente Aparici, Gómez Bur y Aznares.

Autores e intérpretes salieron al final varias veces al palco escénico a recibir los aplausos del público.

A. B. C.

*
* *

Enrique Calonge, tiene decidida suerte en el teatro. Lleva escritos tres o cuatro sainetes, contando con el que aplaudimos anoche, y de ellos dos—*La paloma del barrio* y *El cofrade Matías*—se hicieron dos veces centenarios en los carteles.

Pues bien, *La Pitusilla* ha tenido mucho más éxito en el estreno que las obras anteriormente citadas. Desde el primer momento se adueñó María Lacalle de la voluntad de los espectadores y ya pudo verse que tendría que resultar a maravilla una comedia que apenas iniciada consigue cautivar la atención del senado ilustre que la escucha.

Calonge, en esta ocasión, se ha entregado a la nota dramática; pero tratándola discretamente para no hacer sufrir en demasía a su clientela.

La obra está divinamente de proporciones y de lenguaje.

Al final de los tres cuadros fueron aclamados los autores, y al terminarse la representación todo el público pidió que se levantase el telón ocho o diez veces, lo menos, para ovacionarlos, obligándoles a presentarse solos.

María Lacalle fué objeto de igual distinción. Aparici, Bur, Llorens y la señora Romero trabajaron con todo celo y acierto.

La música fué aplaudida con igual entusiasmo y repetidos tres números.

El Liberal.

* * *

El Sr. Calonge estrenó anoche un sainete titulado *La Pitusilla.* Y como en algunas obras anteriores, demostraba el autor aptitudes encomiables de sainetero, que el público ha sabido siempre premiar.

La partitura pertenece al maestro Soutullo, y aunque, dada la índole del libro, no podía adquirir grandes vuelos, el joven compositor lograba la aprobación en todos los números.

Diríase que el sainete había sido escrito para María Lacalle, pues la excelente tiple cómica interpretó con indudable fortuna el tipo central. Los demás la secundaron con acierto.

El éxito fué brillante, y los autores salieron incontables veces al palco escénico.

El Sol.

* * *

Anoche, Enrique Calonge, estrenó en Novedades un sainete titulado *La Pitusilla,* donde se muestra el autor como perfecto sainetero.

La partitura es del maestro Soutullo. No es el libreto de los que más se prestan a admitir la inspiración de un músico. No obstante el joven compositor fué aplaudido en todos los números.

La Compañía entera estuvo acertada en la interpretación distinguiéndose la tiple cómica María Lacalle.

Fué un éxito bastante completo y los autores salieron infinidad de veces al escenario.—ALIAGA.

El Mundo.

* * *

La Pitusilla es una chiquilla listísima y simpatiquísima, con unos sentimientos grandes y con una gracia picaresca más grande que sus sentimientos.

Ella es alma y vida del sainete estrenado anoche en el teatro de la plaza de la Cebada con un éxito tremendo, redondo, y los Sres. Calonge y Soutullo, que la dieron vida, no podrán renegar nunca del arrapiezo, que no sólo honra a sus papás, sino que los hará casi millonarios.

La Pitusilla encarnó maravillosamente en María Lacalle, que una vez más dió innegables pruebas de su flexible talento, quizá excediéndose a sí misma. Mariquita ha creado un tipo que ahí queda como muestra de lo que son el talento y la gracia encerrados en un diminuto cuerpo

Con ella compartieron los aplausos estruendosísimos del público los demás artistas (todos acertados en su estimable trabajo), Enrique Calonge, afortunado autor de el libro, y el maestro Soutullo, músico inspiradísimo.

Enhorabuena muy cumplida a todos.

Heraldo de Madrid.

* * *

La nueva obra estrenada anoche con el título *La Pitusilla*, alcanzó un éxito franco.

Calonge, esta vez, se nos ha puesto demasiado serio. Claro es que con la nota patética ha combinado las situaciones graciosas y los chistes; pero nos obliga a estar más tiempo serios y pensativos, que alegres y risueños.

El libro gustó francamente; está muy bien llevado al teatro, y los personajes se ve que los mueve una mano conocedora de los gustos del público.

Ha escrito el maestro Soutullo para *La Pitusilla* una bonita partitura, de la que se repitieron, entre grandes aplausos, algunos números.

La interpretación, ajustadísima. María Lacalle, esa pequeña tiple cómica tan grande, admirable. Bien la Sra. Romero, y digno de elogio el trabajo acertadísimo de los señores Aparici, Gómez Bur y Llorens.

Al final de todos los cuadros autores e intérpretes salieron infinidad de veces al palco escénico.

La Correspondencia de España

Obras de Enrique Calonge

Aquí todos somos buenos, comedia.

La Paloma del barrio, sainete.

El cofrade Matías, sainete.

Don Juanito y su escudero, sainete.

La Pitusilla, sainete.

Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE AUMENTO